

Primera Plana #YORESISTIRÉPORTI



La residencia Nuestra Señora de Gracia, en Tudela, «resiste» al virus gracias a sus cuidadoras, que conviven con sus ancianos

Pedro del Corral - Madrid

Cada vez que Begoña mira a Leonor, algo en su estómago comienza a agitarse. Sus unos nervios tontos. Casi infantiles. Los nota desde que llegó, hace más de una década, a la Residencia de Nuestra Señora de Gracia, en Tudela. Pero, en los últimos días, se han acentuado un poco más. Quizá, porque su mirada ahora está desnuda frente a esta mujer de 94 años y porque cualquier gesto, por pequeñito que sea, levanta montañas. A diario, le coge las manos con fuerza. Por ellas han pasado multitud historias y esfuerzos. Y, aunque muchos ya no los recuerde, la tranquilidad y la generosidad que le transmite su cuidadora siempre le sacan una sonrisa. Llevan casi tres semanas de confinamiento juntas, sin separarse. Así, mientras una cuida y escucha, la otra enseña y presume. Y, claro, los lazos se vuelven muy estrechos. «La tarde que recordó el nombre de sus siete hermanos fue emocionante. Me contó cómo era su pueblo, los juegos que compartían, las noches en familia...», explica Begoña, directora del centro. Hasta ese momento, jamás lo había logrado. Por lo que este pequeño alivio a la enfermedad de Leonor supuso una gran victoria para todos.

En parte, lo consiguieron gracias al Covid-19. Sí, tal cual. El virus que ya deja a más 152.446 infectados obligó a una terapeuta, dos enfermeras, 18 auxiliares y la directora a encerrarse con sus 85 abuelos para evitar riesgos y posibles contagios. De hecho, tal es el escudo que han armado que entre sus paredes, por el momento, no hay ninguno. «Cuando me propusieron la idea, me eché a llorar como una magdalena», co-

Unidas contra el virus Las cuidadoras de la residencia Nuestra Señora de Gracia en Tudela llevan más de 17 días con sus 85 abuelos: duermen en la peluquería, desinfectan las cartas y descargan la comida. ¿El objetivo? Minimizar al máximo el riesgo de contagio por coronavirus

Un búnker para frenar al bicho

menta Mariví, una de las veteranas del equipo. «No sabía qué hacer, pero mi familia me dijo que en estos momentos es cuando mi trabajo merece más la pena». De esta forma, el 24 de marzo, se plantó entre nervios en la puerta de la residencia. Eran las siete y media de la mañana y, aunque revolotea alguna que otra duda, sacó el tesón de quien está dispuesto a ganar una batalla.

Lo que vuelve la labor de estos profesionales en indispensable para evitar un contagio masivo. Así, durante las 24 horas del día, las 22 voluntarias junto a ocho monjas de la Caridad asumen como un escuadrón todas las funciones necesarias: desde cocina hasta peluquería, pasando por limpieza o vigilancia. Jennifer, por ejemplo, es la terapeuta, pero no por ello ha dejado de realizar otras tareas. «Ahora que me encargo de levantarles, vestirles y bañarles me estoy dando cuenta de lo gratificante que es este tra-

Durante las 24 horas del día, las 22 voluntarias junto a 8 monjas de la Caridad asumen como un escuadrón todas las funciones necesarias

bajo», dice, emocionada. Cada noche, cuando les acompaña a la cama, les manda besos a lo lejos. Y eso le llena las entrañas. «Hemos abandonado nuestros hogares para cuidar a nuestras segundas familias. Pensar que el coronavirus puede entrar y causar alguna baja, nos asusta muchísimo». En efecto, los datos encogen a cualquiera: según el vicepresidente regional y portavoz del Gobierno, Ignacio Aguado, en el último mes se han producido más de 4.000 muertes en residencias de Madrid. Esta cifra multiplica por cuatro el número de fallecimientos en estos centros durante un mes normal.

«Intentamos mantenerles alejados de esos números para que no sufran», subraya Begoña. «Cuando preguntan por qué ya no vienen sus familiares, les contamos el motivo quitándole hierro al asunto. No queremos que vivan con miedo». Algunos de ellos, incluso, han tomado la iniciativa y

echan una mano en todo lo que pueden. Pero, sin duda, los mejores momentos son aquellos en los que comparten el tiempo sin mayor aspiración que vivir. Ya no les dan de comer. Ahora, almuerzan juntos. Ya no les explican los juegos. Ahora, se entretienen juntos. «Hay un vínculo de confianza indestructible. Les tienes que demostrar que realmente te importan», continúa la directora. ¿Cómo? No poniendo ninguna distancia entre ellos. «Si bien seguimos unas rutinas, también improvisamos mucho. Nos ven más integradas y nos notan más tranquilas».

Las cartas, al radiador

Que el edificio se sitúe en pleno centro del pueblo no ha supuesto ningún problema para su seguridad. Aquí todo está cerrado a cal y canto. Y, cuando, por alguna necesidad, tiene que acceder un técnico, un fontanero o un electricista, el procedimiento está muy claro: se le fumiga de arriba a abajo, se le protege con un EPI personalizado y desinfectan las estancias que ha pisado. «Al principio, fue duro controlarlos todo, pero ahora estamos más que habituadas. Sabemos qué y cómo hacer cada cosa», insiste Mariví. Por ejemplo, respecto a la comida, son ellas las que se encargan de transportarla desde el camión del proveedor hasta la cocina y, una vez allí, de limpiar una a una cada pieza de fruta o verdura. Y así con todos los objetos que procedan de exterior. Hasta los más personales. Como las cartas. Estas no se tocan hasta que se han limpiado en profundidad y puesto a secar en el radiador. Si no, no hay tu tía. «Nos hemos vuelto muy fuertes. Lo que en principio parecía que iba a ser

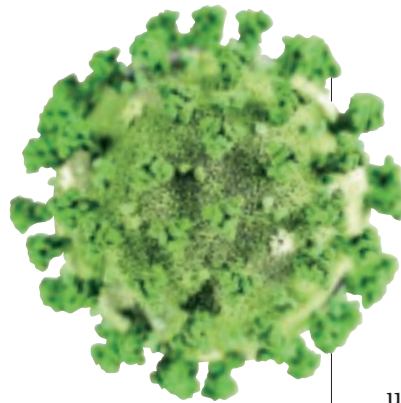


muy complicado, al final nos ha convertido en una gran familia».

Algunas noches, cuando el cansancio ya está en su máximo nivel y la tensión baja hasta los pies, se reúnen en la peluquería para desahogarse. Este es el lugar favorito de muchos de los residentes y, también, de forma improvisada, es el dormitorio de Jennifer. Aquí tiene su colchón y sus pertenencias. «Nos hemos distribuido como hemos podido», ríe con una energía desbordante. «Estamos haciendo una labor impresionante, pero en ningún momento nos consideramos más valientes que nadie. Los héroes son aquellas personas que están luchando en los hospitales». A ellos les dedican, cada tarde, sus mayores aplausos. Pero no cinco o diez minutos, ellas se preparan desde bien antes: «Ponemos música para que los abuelos se animen y, cuando llegan las ocho, salimos con algunos de ellos al balcón».

Lo confieso: no soporto las tradiciones masificadas. Una de las pocas que veía con agrado era el Día del Libro, e incluso esa (ahora que la propaganda televisiva la ha convertido en una ceremonia casi intransitable) me provoca un poco de desagrado. No propongo en ningún modo que haya que suprimir este tipo de cosas, pero ahora que vamos a adquirir experiencia en desescaladas para hacer salir a la gente poco a poco a la calle, ¿no podríamos aprovecharla para organizar esas tradiciones de una manera más desahogada? Cuando yo era niño, las verbenas veraniegas eran en el Mediterráneo una cosa deliciosa. Se repartían entre varios días: estaba la de San Juan, luego la de San Pedro y un poco más tarde la de San Jaime. No había frenesí, porque, si te perdías una, sabías que unos días después tenías otra para compensar. Actualmente, las dos últimas han desaparecido y la única que queda, el día del solsticio, es una jornada insufrible.

Todo el mundo se pone a lanzar artefactos pirotécnicos como si fuera lo último que va a hacer en la vida; los animales domésticos enloquecen y una nube de pólvora flota por encima de las conurbaciones humanas ensuciando la atmósfera tibia y diáfana de una de las noches más bellas del año. Esta concentración de capital humano se debe en gran parte a dos cosas; de una banda, la propaganda audiovisual y mediática y, de otra, la iniciativa de los gobiernos para preservar las tradiciones. Dado el uso



Sabino Méndez

EL «DECAMERÓN» DEL CORONAVIRUS (XXXIX)

TRADICIÓN DE DESESCALADA

propagandístico que hacen últimamente los gobiernos de los medios audiovisuales, se puede decir que ambas cosas ya confluyen en una y la misma. Ahora bien, una tradición que no se conserva por sí misma, que necesita a un gobierno para ser preservada, es una tradición fracasada. Los gobiernos de cada zona las promocionan para diferenciarse de la zona de al lado y mantener el

control sobre sus súbditos por el viejo método manipulador de la desconfianza hacia el vecino. Pero ya que los gobiernos no saben hacer nada más constructivo, ¿no podían por lo menos organizarlo de una manera que no provocara dolores de cabeza? Este año nos quedamos sin Sant Jordi en Cataluña, sin nuestro día del libro, y es una pena, pero comparado con la montaña de desaparecidos que deja el coronavirus, no experimentaré el más mínimo temblor por su falta. Los temblores los reservo para la ausencia de mucha gente a la que queríamos y que ya no estarán a nuestro lado cuando podían haber continuado un poco más si una serie de gobiernos incompetentes no hubieran dejado al mundo desprotegido. Quienes sí tienen todo el derecho a sufrir por la falta de la celebración son los editores, los libreros y todos aquellos cuyo trabajo depende de la prosperidad de ese sector. La única manera de compensarlos sería que el año que viene un evento así se repartiera en tres días y los gastos de esa ampliación corrieran a cargo del gobierno poco previsor. Si fuera encima específicamente a cargo de los sueldos de los integrantes de ese gobierno, eso sería ya un sueño paradiático para todos los paseantes. Porque el modelo actual del día del libro es masificado y contraproducente. El año pasado fui a comprar un libro ese día y, en mi establecimiento favorito, como era un poco

rebuscado y había que perder tiempo localizándolo, me dijeron: «¿Por qué no vuelve otro día?, es que hoy tenemos mucho lío porque es el día del libro». Como si hubiera venido a comprar jamones de bellota. Lo que intentaba transmitirme mi librero es que ese día redondeaba sus beneficios aprovechando para venderles best-sellers a los que solo leen una vez al año. Si se ampliara el día del libro con su precuela y su secuela (no te digo ya si se extendiera a varias semanas como hacen en la feria de Madrid en el Retiro), yo creo que habría sitio para todos, para los compradores de best-sellers y para los que leen sin mover los labios. Lo mismo sucede con las verbenas: si se dispusieran espaciadamente, la gente no saldría toda de golpe a tirar petardos y los perros no saldrían corriendo espantados a suicidarse tirándose bajo las ruedas de los coches convencidos de que ha llegado el apocalipsis y que no vale la pena retrasar el fin. Yo no estoy en absoluto en contra de las tradiciones. Simplemente, es que prefiero otras a las que ahora son más populares. En lugar de esas tradiciones habituales tan nuestras como el caciquismo, la antropofagia y las mentiras en campaña electoral, prefiero mantener vivas tradiciones como la científica, que consiste en intentar librarnos a la población de las supersticiones. Lo mejor es mantenerla viva por la vía de la práctica rentable. Si conseguimos injertarla con la tradición de salir todos poco a poco a la calle, la superpoblación (nuestro principal problema de futuro a escala planetaria) se enfrentará a un formidable adversario.

Una madre siempre tiene la razón.

Compra tu vivienda con calidad, garantías y ahorrando.

LACOOOP

lamadredelascooperativas